

# COMO

# LA CIEGA MARIPOSA\*

Jorge Arturo Ojeda / 3er. año de Letras Españolas. Facultad de Filosofía.

Esta tarde Mariano vino por mí.

—Vamos. Te invito. Yo pago.

—Así es que yo no tendré que ahorrar. Eres magnífico, pero no tengo ganas —respondí abúlico, tal vez temeroso.

—Vamos, cobarde, que tienes miedo. No te culpo: así te hicieron. A todos nos da miedo la primera vez.

—Ésta no es la primera... ya van muchas. No quiero.

—¿Ni regalado?

—Hay veces que el cuerpo no quiere.

—No me vengas con ésas. Vamos, mira —y sacó unos billetes grandes.

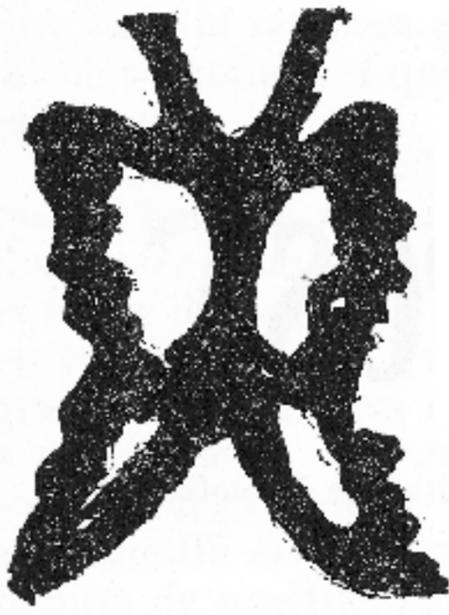
—Pero volvemos temprano.

—Sí, hombre, cuando quieras.

No me importaba. Fuimos caminando hasta que el día comenzó a verse un poco sombrío, en la hora intermedia. Llegamos frente a una casa de grandes rejas en las ventanas y una puerta negra de arco románico. Después de varios timbrazos un mozo abrió. Mariano le hizo una seña, como preguntando qué había y el mozo nos dejó pasar. Ya era de noche. Otro hombre nos guió por un patio de mosaicos blancos y muros con enredaderas. Subimos unos escalones y quedamos en un corredor con balaustrada. Una muchacha, semidesnuda o semivestida, se abrazaba a un hombre joven y elegante. Entramos a un salón de luz roja y el recepcionista ordenó que salieran las mujeres. Mariano y yo nos sentamos en los sillones. "Oye, este lugar es muy fino." "Sí, me lo recomendaron unos amigos." "¿Nunca habías venido aquí?" "No." Por la puerta de la derecha, cercana a mí, sale una muchacha con una tela transparente sobre los pechos y otra más entre las piernas. Una mujer de edad aparece mostrando la terrible barriga y otra lleva los brazos en cruz por enfrente dejando ver los pezones dilatados. Recordé lo que me dijo Mariano el día anterior: "Necesitas unas chamacas jaladoras, siempre las has necesitado. Cuando Lucía era tu novia estuviste a punto de meter la pata. No, hombre, ésas son las noviecitas santas. Para la cama no hay como una profesional."

Una niña cadavérica cruza la puerta. Es un montón de espinas de un platillo consumido. Es tan fea que da asco. La luz roja neutraliza el atractivo: todas tienen el color mugroso. Mariano está feliz, y al aparecer la última, aplaude con mucho ruido. Yo no tengo la menor excitación. Estoy fastidiado. Mariano se levanta y toma a la rubia por la cintura, lascivo como un perro que cumple sus deseos en el muladar. La abraza, la presiona y le dice "mamacita, bombón, mariposita." Yo estoy sin moverme y contemplo a las mujeres en rueda, tratando cada una de ser la elegida. Mariano dice de nuevo las mismas palabras y se va lentamente con la rubia, hasta cruzar la puerta de la izquierda. Las demás siguen coqueteando y levantan los brazos con los velos. Advierto, a pesar de la luz roja, que se envuelven

\* Fragmentos de la novela que publicará la editorial Joaquín Mortiz.



de distintos colores. Se menean grotescas y sensuales en su lamentable ballet. Una comienza a levantarse del piso, con las manos en alto; los velos parecen nimbos que se engruesan y dilatan hasta formar redes en movimiento y luego alas. La niña flaca se va acostando en el aire y toma la forma de un grillo, y crece hasta ser una mariposa del tamaño de mi mano. A las demás mujeres se les deforma el rostro, el cráneo se les reduce y aumenta la extensión de sus velos hasta que se levantan aleteando. Una mariposa opalina es tan grande que apenas cabe por la puerta. Las demás mariposas, la morada, la color de rosa, la de plata, la verde, todas salen al patio de mosaicos blancos. Desde el salón las miro volar. La luz roja desaparece, el ambiente se carga de otra luz intensa, como nube de espejos pequeñísimos que se agitan saliendo por la puerta. Voy al patio, estoy envuelto en arcoíris. Las alas soplan sobre mí, me rozan dejando una estela de color que se diluye. Me tocan, me golpean. Me duele el cuerpo mucho y siguen golpeándome con las alas. Estiran las patas y me rasguñan la cara. Sus cuerpos son costales que me lanzan de una pared a otra. Estoy tirado en el centro y llueve polvo sobre mí. Sopla el viento encendido por millones de vitrales. Cae anilina de las alas, y las paredes y las plantas y los escalones toman tonos definidos. La casa se viste de payaso de circo. Las mariposas se transforman en bandas, brochazos, serpentinas, manchas aceitosas que se estiran de abajo arriba y de Este a Oeste.

—¡Mariano! ¡Mariano! ¿Sales ya? —grité huyendo—, ¡ya vámonos! ¡No puedo más!

Mariano me detuvo por el hombro en el momento que yo jaloneaba la puerta principal.

—Ya voy, ya. No te adelantes. Es temprano.

Al salir de aquella casa contemplé el cielo estrellado y lento. Respiré el aire de la calle solitaria.

—¿Te gustó? Caro pero bueno, ¿verdad?

—Sí —respondí sorprendido—, diré en casa que estuve en una fiesta.

Mariano solamente añadió: “Ya ves, hasta me encontré a una conocida que me cobró menos. A ver cuándo invitas.” Y seguimos caminando hasta despedirnos. Respiré otra vez, viendo el cielo y los árboles y la fuente dormida.

17

Al salir de clases iba a pie hasta la calle donde vivías. Pasaste algunas veces con tu hermana. “¿Quién se llama Lucía?”, yo me preguntaba. “¿Cuál de las dos eres tú?” Todas las tardes me recargaba en un coche, uno distinto siempre, el que estaba estacionado frente a tu balcón. Si la cortina de la ventana se movía: “Sin duda eres tú.” Cuando salieron las dos, te vi con insistencia para que supieras que te buscaba a ti. Ibas de vestido azul y de palidez. Mirabas lejos, allá donde termina la calle, donde los árboles de

26

Dibujo de Carlos Greishord



Al

la avenida se agitan inmensos. Un día me miraste fijamente y moví la cabeza y cerraste los ojos. Al otro día te vi sonreír, apenas.

—¿Cómo te llamas?

—Lucía.

Dijiste tu nombre sin titubear, quedito; pero lo oí.

—¿Qué haces el domingo?

—Voy a misa.

—¿A cuál?

—A la de una.

Mirabas lejos, donde termina la calle en la avenida que tiene crisantemos a lo largo del camellón. Te perdiste fugaz. Supuse que me mirabas tras la cortina que cae paralela a los vidrios de la puerta. La tela se movía. Aquella tarde las nubes volaban alargadas. Estuve inmóvil hasta que el cielo se opacó. Un hombre serio y una mujer subieron las escaleras del edificio. Un momento después se iluminaron la cortina, los vidrios, el balcón, y me alejé, cantando para mí la balada de amor que todos cantaban entonces.

¡Cómo iba a esperar hasta el domingo! Al otro día, cuando me recargué en el coche, apareciste. Traías el vestido azul, y más: un listón azul recogiendo tu pelo caído en grandes aros. ¿Cuánto tiempo estuvimos en silencio, sin movernos, sin pensar? Volvía a oscurecer. Una palabra solamente: "Lucía", y sonreíste para ocultarte de nuevo. Entonces me fui, repitiendo un poema de amor que sólo yo conocía.

El domingo no fuiste a misa de una. El lunes estuve esperando hasta muy tarde. El martes me recargué sobre la pared porque no se estacionó ningún coche. Fui toda la semana inútilmente. El sábado, cuando compraba el boleto para ver una película francesa (¿era "Los Primos"?), volví la cara y pasabas con tu hermana. ¿Qué hacías, por el centro de la ciudad, el sábado en la tarde? Entonces tomé del brazo a una muchacha que entraba sola al cine. Me viste. Di la espalda, y al cruzar la entrada pedí perdón a la muchacha y fingí buscar a alguien entre la gente. Luego subí por las escaleras que van a galería.

No pude dormir. Pensaba en ti. Quería verte. Di vueltas y vueltas en la cama y prendí la luz varias veces. Cada vez fumé un cigarro; con tos y marcos porque entonces comenzaba a fumar. Se me acabó la reserva del fondo del cajón. Siempre que había visitas en casa, lograba robar uno o dos, y los consumía en la calle, en el camión a la escuela, en el cuarto de baño. Aquel sábado en la noche fumé toda la reserva.

El domingo no fui a tu calle. No fui para que sintieras mi ausencia. "Seguro —pensaba— que nunca quiso ir a misa de una desde que le dije que la acompañaría. Seguro que tiene novio o lo va a tener. Me vio tomar del brazo a esa muchacha a la entrada del cine. A lo mejor no me vio. A lo mejor ni se dio cuenta de que yo estaba cerca."

El siguiente domingo estuve allí, ansioso, y saliste.

—Lucía.

—No, Lucía es mi hermana. Ahorita viene.

Eran idénticas, pero no gemelas, según me dijeron todos los que conocían bien a tu familia. Al verme, comenzaste a llorar. Me acerqué. Tu hermana iba quedándose atrás mientras caminábamos. No dijiste una palabra, no me viste. Era la primera vez que iba yo junto a ti, casi tocándote. Qué hermosa estabas, toda pálida, con el vestido azul y el listón azul en tu pelo de ondas tan anchas. Fuera de la iglesia había mucha gente. La misa de una siempre es así. Tenías el pañuelo empapado. Lloraste toda la misa. Cuando la gente se dispersaba y tú ibas por la esquina, sola, apresurada, te seguí.

—Nos van a ver —dijiste con titubeo.

Y te acompañé en silencio hasta antes de dar la vuelta a la calle donde vivías. Te dejé allí, con miedo de que me vieran tus padres. "Que me

vean. No importa. ¿Qué tiene de malo?" Pero no di un paso. Tu hermana se paró junto a mí:

—Te quiere —dijo con prisa, alcanzándote.

Quedé estático, luego pasé rápidamente a la acera de la otra esquina. Vi que tu madre estaba esperando en el balcón.

—¿Por qué tardaron tanto? —dijo allá lejos, desde arriba.

Así fue. Tenías catorce años.

18

Pongo las manos sobre la pared y camino. Recorro toda la casa. Recargo la frente al llegar a las puertas. La pared del pasillo es muy rugosa. Me da miedo la escalera que parece un abismo. Voy a caer. Mis padres no están. Su recámara tiene cuatro paredes en violeta y el techo es blanco. Siento en las manos cada color. Son negros los escalones, pardo el pasamanos. El comedor tiene la oscuridad pálida que viene del patio. Lucía, ven. Lucía, los espíritus flotan en las noches crecientes. He olvidado los exorcismos. ¿Con cuál palabra mágica vendrás a consolarme? Las oraciones, las jaculatorias. ¿Cuál sacrificio te hará venir? Las letanías de amor. ¿Cómo debo officiar?

Recorro la casa con las palmas de las manos sobre la pared. Clara, no te encuentro. Me toco el pecho que palpita solo. Te prometo ir contigo a donde nadie vaya. No pondrás elixires en mi sopa, venenos de olvido, brebajes de maldición. ¿Me olvidarás como olvidaste a Mariano? Si lo haces, no daré golpes; iré a tu casa con el alma muerta entre los brazos. La guardarás en tu recámara hasta que se pudra. Siento la pared marrón de la sala, el frío azul del azulejo blanco. El zaguán tiene mosaicos, no sé, losas moradas. ¿Quién me da una mariposa por el amor al sueño? ¿Quién tiene la mariposa de mi alucinación?

La cocina tiene el frío rojo. El espejo es de leche. ¿Cuál rito? ¿Cuál danza? ¿Quién puede hacer el coro para verte alctear? Lucía, Clara, Lucía, Clara... Lucía... uno... Lucía... uno... dos... uno... dos... uno...

